

PUROS HABANOS

Hechos a mano en Jiguaní

Texto y fotos ORLANDO FOMBELLIDA CLARO

Aunque fueron escritas hace mucho tiempo, aún cautivan las trágicas historias de **Romeo y Julieta**, y Edmundo Dantés (**El Conde de Montecristo**), escritas en 1597 y 1844, por William Shakespeare y Alejandro Dumas.

También cautivan a los fumadores más exigentes, los puros Habanos, que llevan los nombres de esos personajes.

Fue al español emigrado a Cuba, José Fernández Rodríguez, a quien se le ocurrió ponerle a los tabacos hechos en su fábrica en La Habana, en 1875, el nombre de los llamados eternos amantes de Verona, y por si fuera poco, abrió una tienda para expenderlos en el hotel Capulet, de dicha ciudad.

En tanto, la marca Montecristo se origina en 1935, en la fábrica de H. Upmann, en La Habana, cuyo lector leía la obra de Dumas a sus torcedores con tanta aceptación, que se decidió dar el nombre del protagonista de la novela al producto allí elaborado.

Dice el sitio oficial Habanos S.A., que esa “es la más famosa y quizás la más apreciada de todas las marcas de tabaco. Se podría considerar que Montecristo es la referencia por la que se mide a todos los demás”.

PARA CUBA Y EL MUNDO, HECHOS EN JIGUANÍ

Puros de las marcas mencionadas y otras igualmente reconocidas a nivel internacional, como José L. Piedra, Partagás, Cohiba (*) y Hoyo de Monterrey, son elaborados, con destino a la exportación, por expertas manos de las 139 mujeres y 36 hombres que laboran en la fábrica Bernarda Toro Pelegrín, en Jiguaní.

El local de fabricación es amplio y quienes entran a él por vez primera, sienten al principio un olor fuerte y agradable, al que pronto se acostumbran, mientras los torcedores lo saludan haciendo chocar sus afiladas chavetas contra la madera de las mesas de trabajo.

Para este año, el plan de producción de la fábrica es de un millón 900 mil unidades, los resultados hasta el momento permiten pronosticar que lo sobrecumplirá, asegura Lisbeth Katiuska Fajardo Rodríguez, administradora.

Agrega que la materia prima utilizada procede de Pinar del Río, donde se encuentran las mejores vegas de tabaco del mundo.

A las cualidades de las hojas se añade, subraya Fajardo Rodríguez, la permanente exigencia por la ca-



lidad de los tabacos y su riguroso control.

Toda la producción de la Bernarda Toro Pelegrín es comercializada por Habanos S.A.

CONTROL DE CALIDAD

Ante sí, Teresa Góngora Leyva, técnica de calidad, tiene varias cajas de tabacos, a los que mide largo, grueso, dureza, trazo, estirado de la capa y otros indicadores de calidad.

Además, integrantes de una comisión, digamos de “catadores”, toman al azar tres puros de diferentes torcedores para validar aspectos relacionados con la combustibilidad.

TRADICIÓN Y CONTINUIDAD

En Cuba hay una larga y sólida tradición de fabricación de tabaco torcido a mano, a la que se sumaron, en 1998, los trabajadores de la antigua fábrica Juan Pérez Olivera y del taller textil Bernarda Toro Pelegrín, al convertir a este último centro en productor de puros para la exportación.

A los tabaqueros experimentados se han integrado jóvenes que asumen el oficio con amor, como Fidel Yunier Uría Fernández, operario agroindustrial, quien declara: “Llevo 17 años aquí, me gusta lo que hago y considero que tengo bastante experiencia en la elaboración de tabaco torcido y devengo un salario decoroso”.

Una docena de alumnos, ahora matriculados en un curso de torcedores, se les sumarán en algún momento para garantizar la tradición y que Romeo y Julieta, Montecristo, Hoyo de Monterrey, Cohiba... hechos a mano en Jiguaní, satisfagan a los fumadores más exigentes de todo el orbe.

(*) Cohiba es la marca de mayor prestigio en el mundo del tabaco. Fue creada en 1966 y durante muchos años estuvo destinada únicamente para regalo a personalidades. Se fabrica desde entonces en la prestigiosa fábrica El Laguito, en La Habana. Fuente: sitio oficial Habanos S.A.



Paquito echa humo

El tiempo todo lo cura, menos la vejez y la locura.

Anónimo

Hace muchos años el viejo Francisco perdió su nombre y hasta los apellidos, culpa atribuida a los muchachones del barrio, empecinados en cambiarle la identidad al popular chofer, conocido como Paquito echa humo.

Las indirectas lanzadas a su persona eran tantas que apenas le importaban, las asimilaba como algo normal, cotidiano en su actuar, no se inmutaba cuando alguien le gritaba el sobrenombre.

En honor a la verdad, ese golpe de insistencia cotidiana, para hacerlo más pasajero, lo relacionaba con lo sucedido a Alonso Quijano, a quien llamaron Don Quijote, en aquel lugar de La Mancha.

Unos dicen que lo de Paquito echa humo lo originó el tabaco que nunca separó de sus labios, otros afirman que fue debido al fallo sistemático presentado en el motor de su camión, cuando trabajaba, o tal vez, porque se ponía en llamas frente a cualquier comentario relacionado con su esposa Carmela.

Ya no manejaba ni fumaba y mucho menos se encolerizaba ante los malos comentarios, sin embargo, los vecinos, para mantenerlo como “material de estudio”, comenzaron a llamarlo Paquito gallo gordo, porque “los gallos gallos cantan y cacarean”.

Al fin dejó de comprar cigarros, ahora los pedía hábilmente a otros fumadores empedernidos, quienes al percatarse de lo sucedido no le ayudaron a satisfacer el mal hábito, de manera que se dispuso a abandonarlo y solicitó ayuda:

-Amigo mío, si quieres dejar de fumar, tienes que comerte un huevo en ayunas, otro al mediodía y otro antes de acostarte.

-Disculpa... ¿no será mucho huevo?

-Bueno... es lo que necesitas para dejar de fumar.

Felizmente, ya nadie recuerda aquellos amargos momentos de Paquito echa humo, distinguido chofer de un camión de carga, no obstante, la vieja anécdota que un día le colmó de risas, más allá de la indignación del acontecimiento, aún está latente.

Cuentan que llegó a la ciudad de Matanzas, con la misión de llevar para su municipio varias gomas destinadas al trabajo de equipos pesados.

Luego de vencer la travesía de ida y regreso, trasladó las mercancías hasta el lugar indicado, localizó al almacenero, se presentó y entregó la factura.

El receptor paseó la mirada, una y otra vez, por el documento extendido y con gesto desaprobatario lo devolvió:

-Lo siento, amigo mío, pero no puedo recibir esa carga -dijo el responsable adoptando extraña posición.

-¿Por qué? -preguntó y prosiguió- todo está claro en la cuenta.

-¡Mire, Francisco Pérez! -precisó irónicamente, a mí nadie me confunde y no quiero problemas con los auditores. En ese documento dice bien claro 50 neumáticos y lo que necesitamos aquí, son gomas para tractores, ¿comprende?

Y refieren que ese día Paquito durmió con absoluta tranquilidad, aquel ingenuo empleado, con su inesperada respuesta, le devolvía su apellido, que muchos olvidaron durante tantísimos años.